

BAUTISMO

Cristo desde el primer momento de su existencia ... tiene toda [humanidad] dentro de sí mismo ... Porque la Palabra no solo tomó un cuerpo humano... Se incorporó en nuestra humanidad y la incorporó en sí mismo ... (Henri de Lubac)

Al hacer una naturaleza humana, es la naturaleza humana que él se unió a sí mismo, que se adjunta en sí mismo ... que de algún tipo usa como un cuerpo ... Lo llevará al Calvario, entero y completo, lo criará de los muertos, enteros y entero, lo salvará.

Cristo el Redentor no ofrece salvación simplemente a cada uno; Él lo afecta, Él mismo es la salvación del todo, y para cada una salvación consiste en una ratificación personal de su "pertenencia" original a Cristo, para que no sea expulsado, interrumpido de este todo.

Todo el misterio de Cristo es un misterio de la resurrección, pero también es un misterio de la muerte. Uno está ligado a la otra y la misma palabra, Pascua, transmite ambas ideas. Pascua significa pasar por alto. Es una transmutación de todo el ser, una separación completa de uno mismo que nadie puede esperar evadir ... **La humanidad entera y completa debe morir para sí misma en cada uno de sus miembros para vivir transfigurados en Dios** ... A través de Cristo muriendo en la cruz, la humanidad que tenía entera y completa en su propia persona se renuncia a sí misma y muere.

Los judíos todavía practican una ablución ritual. Juan Bautista, sin embargo, transformó esta ablución ritual en un arrepentimiento para la remisión de los pecados. Juan también señaló la venida de un bautismo en el Espíritu Santo y fuego. El padre de la iglesia primitiva, Tertuliano, alude al bautismo de los Apóstoles (probablemente por Jesús, aunque eso no está claro en las Escrituras). En la ascensión de Cristo, manda a sus Apóstoles que enseñen a todas las naciones y bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El que no es bautizado no participa del Reino.

El bautismo es precedido por la enseñanza (catequesis) como es evidente en Hechos. A fines del Primer siglo, el acto del Bautismo consistía en la inmersión en agua viva (manantial, lago, río, océano); si no había ninguno disponible, se derramaba agua sobre la cabeza del que buscaba la iluminación (el catecúmeno) tres veces, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto se establece en la Didache (las Enseñanzas de los Doce Apóstoles). Tanto el que bautizaba como el que estaba siendo

bautizado ayunaban antes del servicio. Hacia el siglo Tres, Hipólito, en las Constituciones Apostólicas, describe que el exorcismo se realizaba antes del bautismo. Todo espíritu ajeno se elimina de él que busca la iluminación. Él que busca el bautismo, si puede hablar, renuncia a Satanás y todas sus obras y pompa y adoración. Se confiesa la creencia en Cristo y en la Santísima Trinidad. Él que busca la iluminación es ungido con aceite para la remisión de los pecados y luego es bautizado desnudo en agua. Después del Bautismo, el cristiano recién iluminado es sellado con el crisma del Espíritu Santo. Este servicio también está atestiguado por Justiniano el Filósofo en el siglo Tres.

El agua estaba inactiva en Dios y en un estado sin forma en el momento de la Creación. El agua es elemento de vida, santificado por la presencia del Espíritu Santo, como se nos dice en el primer capítulo del Génesis. En la época de Noé, las aguas del Diluvio purificaron a cada uno del pecado y completaron la limpieza de la tierra de su contaminación, como nos dice Gregorio el Teólogo en el siglo Cuatro. Israel fue bautizado en Moisés en la Nube, y cruzó el Mar Rojo (el Mar de Juncos) mientras el ejército del Faraón se ahogaba. Esto prefigura el bautismo. Los tres días que Jonás estuvo en el vientre de la Gran Bestia prefigura el Bautismo y nuestra redención de la Muerte.

El bautismo es un contrato entre el bautizado y Dios. El pago por nuestra liberación de la esclavitud es el gran precio que Cristo pagó con su sangre como nos dice San Pablo. Que renunciemos a Satanás desde lo más profundo de nuestro corazón es nuestro asentimiento a esa entrega.

Un laico puede bautizar solo si él que va a ser bautizado se enfrenta a una muerte inminente. Como Cristo murió una vez, el bautismo no debe repetirse; de lo contrario, se vuelve a crucificar a Cristo.

Si no se emplea la fórmula trinitaria prescrita en el último capítulo del Evangelio de Mateo, no ha habido bautismo. Es una decepción. Debe repetirse. El bautismo en la muerte de Cristo une al bautizado con Cristo a semejanza de su Resurrección. Al morir al pecado nacemos a la novedad de vida. El bautismo libera del pecado pasado; obliga a no volver a caer en el pecado, de lo contrario no se manifestará el don del Espíritu Santo.

Dionisio Areopagita nota que el padrino que participa en el bautismo de los infantes garantiza que cuando el infante llegue a la edad de la razón, y esté en condiciones de comprender las cosas santas, será exhortado a renunciar al enemigo y a cumplir los votos divinos.

Para el siglo Ocho se entiende por Juan de Damasco que hay un bautismo de lágrimas (de profundo arrepentimiento) así como un bautismo de martirio

para los que han muerto sin haber pasado por el agua. La Iglesia no se ha pronunciado sobre el destino de los niños no bautizados.